

Christopher Domínguez Michael

El biógrafo de Octavio Paz

Elena Poniatowska

Octavio Paz en su siglo es el título de la biografía que el crítico Christopher Domínguez Michael publicó a fines del año pasado: un apasionante, muy documentado y riguroso recorrido por la vida del Premio Nobel. Tres voces disertaron en la pasada Feria Internacional del Libro de Guadalajara sobre este volumen: Elena Poniatowska, Juan Villoro y Fabienne Bradu.

¿Cómo resumir en veinte minutos una biografía de más de seiscientos cincuenta y un páginas (índices incluidos) que no deja cabos sueltos? En este libro, el lector encontrará una cronología, un índice onomástico y una selección de fotos que hacen de esta la biografía de Octavio Paz más completa hasta la fecha.

Se pregunta Christopher si Paz esperaba que alguno de los integrantes de *Vuelta* escribiera su vida y se responde que lo ignora pero que en el fondo el poeta quizá lo deseaba. Alguna vez Octavio me dijo dos cosas que me marcaron. Una referente a su primera mujer: “Lo que no puedo perdonarle a Elena es lo que le hizo a nuestra hija”, y otra en los días de la casa en que se refugió al último en la calle de Francisco Sosa: “Quiero que me recuerden por tres o cuatro poemas”. También me dijo otras cosas, algunas felices, otras tristes, pero serán para otra ocasión. De lo que sí tengo seguridad es que Octavio estaría feliz de saber que ese joven que conoció la tarde del 4 de agosto de 1988 en su oficina de *Vuelta* festeje el centenario de su maestro ofreciéndonos este libro. Los futuros estudiosos de la obra paciana consultarán la biografía de Christopher no sólo por su

valor documental sino por haberse escrito con —y desde— el corazón.

Christopher Domínguez Michael es en la actualidad el biógrafo de Octavio Paz, a pesar de los escritos de Enrique Krauze y Guillermo Sheridan. *Poker face*, su rostro no expresa sus sentimientos; tampoco lo he observado agitar las manos al hablar. Así como lo ven, vigila con curiosidad y desencanto a los especímenes humanos. Estar bajo su lupa desconcierta pero obviamente él no desconcertó a Octavio Paz, quien lo recibió en *Vuelta* a los 27 años aunque ya desde los 18 escribía crítica literaria en diversos suplementos culturales y siguió haciéndola en *Letras Libres*, ahora su casa. Entonces era muy joven y ahora sigue viéndose igual, su rostro liso, sin mácula. Oscar Wilde no habría sabido qué hacer con él.

Leí su primer libro de ficción publicado en 1997 *William Pescador* y la pasé muy bien a pesar de que en un principio pensé que iba a encontrarme con un texto severo. Resultó alivianado y lúdico y desde entonces relaciono a Christopher con ese muchachito. Me di cuenta de que además de un crítico súper documentado,



Christopher Domínguez Michael, Madrid, 2014

Christopher es un narrador que tiene rasgos en común con Ibargüengoitia. Años más tarde, me sorprendió que le dedicara tantas horas y neuronas a la *Vida de Fray Servando*, el dominico traductor de Chateaubriand que se atrevió a poner en duda la aparición de la Virgen de Guadalupe en un país donde el 99.99 por ciento de la población es guadalupana. Hoy por hoy, Christopher tiene 52 años que no se le ven por ningún lado y es el autor de los dos tomos más completos de la *Antología de la narrativa mexicana del siglo XX*, mismos que lo establecieron como el juez supremo de todo lo que se escribe en México y a partir de ese momento se ganó el mote de *El Anti-Christopher*.

Muchos se han zangoloteado frente a él buscando atraer su atención. Impasible, Christopher los observa desde el cristal de sus anteojos y se sigue de largo.

Letras Libres es una de las mejores revistas literarias de México. Nieta de Octavio Paz, esta revista ha recibido de Christopher una lealtad absoluta. *Letras Libres* cubre un espacio cultural y polifónico que reúne a gran parte de la intelectualidad mexicana y latinoamericana (Estados Unidos, Europa también) siguiendo los pasos de *Vuelta*, fundada en 1976 por Octavio Paz.

Muchos críticos han escrito sobre el poeta Paz, desde Anthony Stanton, Pere Gimferrer, Alberto Ruy Sánchez, Manuel Ulacia, Jean-Clarence Lambert en Fran-

cia hasta Enrico María Santí, el cubano que radica en Estados Unidos, pero (por su cercanía) Christopher es el más autorizado no sólo por su conocimiento de causa y su precisión a la hora de documentarse, sino porque, a diferencia de otros, convivió y trató al poeta. Y sobre todo lo quiso.

Las biografías, en general, suelen estar apegadas al “mito”; algunos biógrafos no se atreven a romper el cerco que separa al personaje de la persona y sus escritos se parecen más a una “vida de santos” que a una biografía. Christopher no cae en ese lugar común en este libro al que le ha dedicado catorce años de su vida. Su Octavio Paz es de carne y hueso, como lo es su biógrafo, que por momentos olvida al lector y recuerda, agradece, debate e interroga a un Paz indispensable en su vida, como él mismo lo confiesa en el prólogo.

Su análisis del árbol genealógico de la familia muestra las contradicciones del abuelo Ireneo Paz, autor de la frase “Sufragio efectivo, no reelección” y uno de los colaboradores más cercanos de Porfirio Díaz, reelecto en nueve ocasiones. El padre, el abogado zapatista Octavio Paz Solórzano, vivió y murió “atado al potro del alcohol”, como lo señala el mismo Octavio en “Pasado en claro”, en 1975. El joven Octavio mecanografiaba las arengas agraristas de su padre contra los explotadores y estos fueron sus primeros ejercicios literarios. Luego, por cuenta propia, buscaría a Marx y a Bakunin, sus iniciadores ideológicos.

A Paz lo criaron su abuelo Ireneo y dos mujeres, su madre, doña Josefina Lozano, y una tía solterona, Amalia Paz. Sin duda, sus enseñanzas y sobre todo la biblioteca del abuelo fueron piedras de toque en la formación del futuro Premio Nobel.

Christopher recuerda a Bolívar Echeverría quien declaró que “cuando aparece *El laberinto de la soledad*, algo había de escandaloso, todavía, en sacar a la chingada y a sus hijos de las cantinas y hacerlos entrar al mundo de la alta literatura”. También analiza la influencia de Miguel de Unamuno en la ensayística de Paz y afirma que el mexicano tiene una deuda de carácter filológico con el español. “Unamunescas hasta el tuétano resultan las páginas dedicadas, en el capítulo IV de *El laberinto de la soledad*, al régimen sintáctico y al estatuto moral del verbo chingar”, explica Domínguez Michael.

La vida privada de los personajes públicos suele ser la comidilla de algunos lectores de biografías que se clavan en la intimidad del sujeto sin que esto ayude a comprender la obra. En *Octavio Paz en su siglo*, Christopher Domínguez es el investigador atento pero también el amigo discreto. Vemos el pasado de Paz, sus amores, su relación tormentosa con Elena Garro, su matrimonio con Marie-José Tramini pero sus páginas no guardan ni el morbo ni el dato escandaloso del que otros sacarían provecho.

El biógrafo rememora la estancia del matrimonio Paz-Garro en Madrid durante la Guerra Civil española y se sirve de una amplia bibliografía que muestra a una pareja que no dejaba indiferente a nadie. También se ocupa en detalle del papel que jugó Elena Garro en el movimiento estudiantil de 1968 y en el que La Chata Paz se pasó de lista (para decirlo de alguna manera), pero deja que el lector juzgue por sí mismo después de leer testimonios y documentos.

A raíz de la matanza de Tlatelolco, Octavio Paz renuncia a la embajada en la India, decisión que lo honra y honra a un México mucho más limpio que el actual. De regreso a México en 1971 y después de entrar al Colegio Nacional, visita a José Revueltas en su celda de Lecumberri. Escribe Christopher: “Que el nexos más vivo y cálido de Paz con el 68 fuese, regresando a México, José Revueltas, no sólo se debía al amoroso y común recuerdo de Silvestre, ‘Neptuno de la música’ como lo llamó Octavio cuando murió en 1940, ni a que la segunda novela de su estricto contemporáneo del año 1914 (*El luto humano*, 1943) hubiese sido reseñada muy favorablemente por él. Se debía a ‘Aquí un mensaje a Octavio Paz’, texto enviado por Revueltas desde la cárcel el 19 de julio de 1969, donde le cuenta cómo lo lee su joven compañero de celda, Martín Dozal”.

Christopher, dedicado a *Vuelta* y ahora a *Letras Libres*, analiza la labor de Octavio Paz como editor de revistas.

Barandal, Taller, El Hijo Pródigo, Plural, Vuelta (cuya edición Octavio cuidó mes tras mes como can cerbero: una coma fuera de lugar, una errata le quitaban el sueño).

Letras Libres es una de las más prestigiosas revistas del México del siglo XXI y gran parte de ese prestigio se debe a dos de sus discípulos: Enrique Krauze y Christopher Domínguez (y antes que nada para mí, mi muy querido y súper admirado Gabriel Zaid) porque la revista es como la quiso Paz: “No una revista mexicana para Nueva York y Europa, sino una revista de nivel internacional para Latinoamérica”.

De que Octavio Paz es hasta la fecha la primera y la figura más completa y destacada de la literatura mexicana no nos cabe la menor duda. Esta biografía hacía falta y qué bueno que Christopher Domínguez Michael haya suplido esta deficiencia. Con razón el día que murió Octavio Paz en la casa de Francisco Sosa (hoy Fonoteca Nacional) el 19 de abril de 1998 tembló (5 grados en la escala de Richter). Esto me hace recordar un comentario de Elena Garro en su libro *Memorias de España 1937* que publicó la editorial Siglo XXI en 1992. Elena cuenta que se espantó terriblemente durante un bombardeo en Valencia, el zumbido de los *junkers* atravesaba el cielo y Elena lloraba despavorida, caían los obuses. Mientras todos corrían a esconderse y ella se escondía, Octavio de pie, bajo el cielo rojo exclamaba: “Esto es magnífico”.

